

EUGENIA NEVES F.

CONCEPTO DE CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA POESIA EPICA

HABLAR hoy de *civilización* y *barbarie* es tan lícito como afirmarlo en aquel tiempo en que Domingo Faustino Sarmiento lo expusiera en su *Facundo*. Como decir libertad, o justicia, o moral. Estos conceptos que perduran idénticos en su forma, son los que sufren más drásticamente un cambio valorativo, axiológico y, por lo tanto, semántico, si se los observa en una perspectiva histórica.

No es difícil comprender la razón de tales cambios semánticos, si consideramos que estos conceptos son símbolos entrañablemente fundidos a los cambios sociales y a las relaciones que tales cambios establecen entre los hombres y de éstos con las instituciones que ellos crean. Más aún, podemos constatar que en un mismo presente histórico, por ejemplo el nuestro, estos términos tampoco tienen una única definición ni una única aplicación en la realidad vital.

En el plano de la literatura y, en especial, en la poesía épica, estos conceptos se manejan manifiestamente cargados de intensidad y son estas cualidades las que conforman al personaje épico y a las hazañas narradas. La épica es una síntesis de aspiración popular, o culta, en que no sólo se coge un hecho real y se lo eleva a la calidad de gesta, valorada como tal por un pueblo, sino que el héroe es portador también de las cualidades más sublimes a las que ese pueblo aspira o considera superiores. El héroe épico es prototipo de bondades ideales, como su acción es símbolo representativo de un momento histórico.

Y como todas estas cosas que va creando el hombre en ese quehacer que se llama cultura, o arte, o literatura, están expuestas a múltiples interpretaciones, también dependerá de la óptica en la que nos ubiquemos, las conclusiones a las que podamos arribar.

Serán hitos en este épico recorrido *El Poema del Cid*, *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Cautiva* de Esteban Echeverría, *Martín Fierro* de José Hernández y *El Payador Perseguido* de Atahualpa Yupanqui. Nos ubicamos, por lo tanto, en una perspectiva a través del tiempo, en España en el siglo xii; Chile en el siglo xvi; Argentina a principios del xix, en la segunda mitad del siglo xix y a mediados del siglo xx.

¿Qué es en cada uno de estos momentos lo civilizado y lo bárbaro? Si bien es cierto que el concepto de *civilización y barbarie* de Domingo Faustino Sarmiento corresponde al que aplica Esteban Echeverría en su obra, puntualizaremos a continuación cómo es de diverso y contradictorio la connotación de estos dos términos en el resto de las obras elegidas para nuestro comentario.

¿Qué es lo civilizado y lo bárbaro en *El Poema del Cid*? Civilizado era el español y lo español. Bárbaro era el árabe y lo árabe. Y entre estos dos extremos límites se desenvuelve toda una serie de acciones y actitudes que va desde lo justo, lo lícito, lo honesto, lo correcto, etc., cuyo exponente máximo es el Cid mismo y sus huestes españolas, y su contrapartida, es decir, lo injusto, lo ilícito, lo deshonesto, lo incorrecto, etc., que recae en los árabes. Civilizado es el Cid, ante todo porque es noble y católico. Esa es su base absoluta de sustentación. Y si bien es cierto que entre la gama de personajes que muestra esta obra hay otros españoles que también son nobles y católicos, como por ejemplo, los Infantes de Carrión, y que no poseen las cualidades de las que el Cid es portador, ellos no representan lo ideal, sino por el contrario, lo repudiable. De modo que el que sí interesa en este aspecto es el Cid mismo, ya que como héroe, es él quien muestra lo que de aspiración máxima, de ideal de hombre, de meta humana, se comprende y concibe en su tiempo. Civilizado era el Cid, bárbaros eran los árabes. Por estas razones, es justo respetar los bienes y los intereses del rey y de los españoles, pero era justo también, asaltar y rapiñar los bienes de los árabes y estafar por el engaño a los judíos. Se podía mentir a éstos y rapiñar a los otros, y en nombre de dios, aniquilarlos, porque no eran españoles: eran los bárbaros. No se podía, sin embargo, actuar del mismo modo entre españoles, porque en ese caso sí existía el honor, la dignidad y una justicia que buscaba culpables y beneficiaba a inocentes.

En *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, en el momento aquel en que el español inicia la conquista de América, de este Nue-

vo Mundo, asombrado aún por la maravilla del hallazgo, pero orgulloso de su calidad de español, europeo, católico y civilizado, se impuso como mesiámica misión, conquistar no sólo las tierras y los bienes de América, sino el hombre y su cultura.

Así fue como esta conquista europea del continente americano fue el fin de muchos pueblos, el fin de civilizaciones que aunque distintas a las europeas, tenían características propias y auténticas. Significó la brusca interrupción de todo un mundo evolucionado pero distinto al europeo y cristiano, que éste no fue capaz de entender por razones tanto de orden económico como por el principio de sentirse los únicos portadores de la verdad y redentores de la humanidad a través del cristianismo. Es en este momento cuando se escribe *La Araucana*. Y el conquistador español descrito así en esta épica jornada civilizadora, se enfrenta al bárbaro araucano, que aunque es fuerte y valiente, no es cristiano ni europeo, y con esto está todo dicho. Alonso de Ercilla y Zúñiga explica también, en un momento de *La Araucana*, las virtudes del pueblo araucano, pero siempre dentro de su barbarie salvaje y sangrienta, que no hace más que confirmar las virtudes del español conquistador, ya que en la medida en que el enemigo es poderoso, más se engrandecen las cualidades de quien se enfrenta al él para vencerlo.

La secuencia posterior transcurre en Argentina donde, por una coincidencia que es necesario recalcar, la épica se manifiesta en mayor grado y persistencia que en otros países latinoamericanos. Esteban Echeverría corresponde, como ya decíamos, a la época de Domingo Faustino Sarmiento. Es la etapa inmediatamente posterior a la independencia de Argentina, en aquel tiempo en que el país se enfrentaba a una guerra civil entre federales y unitarios. Sarmiento y la gran mayoría de los intelectuales y escritores criollos, estaban en oposición a la dictadura de Rozas y se impusieron como meta *civilizar*, lo que equivalía a sostener: *européizar*, para poner fin a la *barbarie*, que estaba representada en el indígena y en el "populacho" (este último se advierte claramente en *El Matadero*, del mismo autor).

Brian es un criollo que junto a María y a muchos otros *blancos*, son atacados por los bárbaros indígenas; pasan por una larga y trágica experiencia en la pampa, hasta que finalmente mueren. En *La Cautiva*, el héroe muere, porque para el romántico Echeverría, la muerte es la mejor respuesta a un mundo de barbarie. En este momento, entonces, lo civilizado era lo europeo y lo bárbaro era lo in-

dígena americano. Pero, ya no es el español quien así lo siente y lo expresa, sino el criollo, el blanco nacido en América, que se siente americano, que ha realizado la lucha por la independencia de España y la ha logrado, pero que se mantiene unido a su cordón umbilical e idealiza su meta en Europa.

Las sangrientas escenas en que los cautivos se mezclan entre bo-rracheras, violaciones, muertes e incendios de toda una población, protagonizada por los indígenas, se contraponen a la fragilidad y finura de la etérea y rubia María y a la gallardía y refinamiento de Brian. Se impone, finalmente, la horda salvaje, que viene a simbolizar el llamado de alerta de lo que puede suceder si no se pone atajo de algún modo a estas fechorías.

Pocos años más tarde, sin embargo, José Hernández entrega otra versión de *civilización y barbarie* en su *Martín Fierro*. Poeta culto, como Echeverría, incorpora a la narrativa un nuevo tipo de personaje: el gaucho, producto del mestizaje y de la lucha con la naturaleza. Este hombre emerge como el prototipo de lo argentino, ubicado en una doble oposición: frente al hombre de la ciudad, que profita de él, le impone sus leyes, destruye su sencilla vida campesina, lo separa de su mujer y de sus hijos y lo convierte en una especie de prófugo y delincuente, a pesar suyo. Pero, a la vez, este gaucho se enfrenta al indígena, al bárbaro por salvaje, al sangriento por naturaleza, a aquel que despedaza a un pequeñuelo ante los ojos de su madre como la más irracional y primitiva de las bestias.

¿Qué es, entonces, aquí, lo civilizado y lo bárbaro? Por primera vez en esta trayectoria que nos hemos trazado, lo civilizado está implícito en un personaje americano: el gaucho. Es éste quien trabaja, quien labora con sus manos y con su corazón y sufrimientos, crea la poesía empapada en vieja sabiduría popular. Lo bárbaro, no sólo se reedita en el indio, con su bárbaro primitivismo, sino también en el blanco de la ciudad, en el que se autodenomina "civilizado", pero que es tan bárbaro como el salvaje, aunque enmascarado en el poder y el dinero.

Martín Fierro canta en sus trovas el padecimiento de todos los gauchos y su gesta heroica defendiéndose de los reiterados ataques de ambos bandos, y también de la naturaleza. Sabe comprender la vida y aconsejar a sus hijos, con lo que aconseja así al hombre mismo en su ardua tarea de vivir. Martín Fierro está marcado por la tragedia de un vivir defendiéndose a cada paso, pero también está marcado,

como el Cid, por todos los valores positivos de su hombría. Es valiente, justo, honesto, comprensivo y es, además, o mejor dicho, ante todo, un creador, un poeta. El es, síntesis y meta; es un hombre hecho de la íntegra materia del valor y del sentimiento, producto genuino de la pampa argentina y de su existencia.

Con *El Payador Perseguido* damos un salto a nuestra época. Atahualpa Yupanqui, con su guitarra, su voz y su poesía, con la métrica del *Martín Fierro* y al estilo del trovador medieval, compuso verso y música y entrega ahora una nueva modalidad de la épica, que va de lugar en lugar en un Long Play. Un gaucho de hoy, "blanco con indio misturao", ya como síntesis, que representa al campesino y que cuenta su historia, que es también la historia de los suyos. Este Relato por Milonga cuenta un antagonismo polarizado: el conflicto del rico con el pobre, del hombre de la ciudad con el campesino. Este hombre de la ciudad, rapiñando todo lo que encuentra a su paso, despojando al gaucho de lo poco que tiene, aunque encubiertamente, como una mercancía; rapiñando el arte del gaucho, su canción, su música; cuenta este "payador perseguido" su viaje a la capital donde se vio obligado hasta a desprenderse de su guitarra; su desolación, y su necesidad de regresar a la tierra, a su tierra.

En *El Payador Perseguido*, la contradicción entre civilización y barbarie es drástica: habla del pobre y del rico. Del pobre, entre los que incluye a los campesinos, al gaucho, pero no sólo a éstos, sino que a todos los pobres. Del rico, que está simbolizado por el señor de la ciudad.

Por los hechos que va narrando, se configura un mundo en que lo civilizado —que es el amor y la tierra y a sus frutos, el amor al hombre, la honestidad, la franqueza, lo creador, la poesía— se encuentra en el pobre, que sufre la tortura y el padecimiento del poder del rico, que es la negación de todo lo anterior.

A través de esta perspectiva, desde *El Poema del Cid* hasta *El Payador Perseguido* se nos hace claro, en primer término, que el concepto de civilización y barbarie está determinado por su contexto histórico. El héroe va cambiando de clase social. No era posible concebir un héroe medieval si éste no era noble. Sin embargo, ya en *Martín Fierro*, el héroe es un gaucho y en *El Payador Perseguido*, es el pobre, el desposeído del campo. Mientras el Cid, bajo el símbolo de la cristiandad mata y saquea; igual que destruye y aniquila a los aborígenes americanos, el español renacentista, y el criollo naciente

dirige su mirada hacia Europa, Martín Fierro, en cambio, se alza defendiendo su derecho a existir como americano y como gaucho, y el Payador Perseguido comenta la pobreza de su pueblo y dice: "Cantor que canta a los pobres, / ni muerto se ha de callar; / pues onde vaya a parar / el canto de este cristiano, / no ha de faltar el paisano / que lo haga resucitar".